

LA UNIVERSIDAD EN UN TIEMPO DE CAMBIO

La actividad universitaria es un modo de vida que se despliega armónicamente en una variedad de trabajos y de días, en una diversidad de situaciones y responsabilidades. Aunque la que ahora mismo nos ocupa no se encuentre entre nuestras tareas habituales, se inserta con naturalidad en ese flujo unitario de la vida académica. Un relevo como éste en el Rectorado de la Universidad también es un signo de la continuidad dinámica que constituye la entraña de esta institución. De otros recibimos conocimientos y cometidos; a otros se los entregamos para que sigan cuidando de lo ya alcanzado, para que velen por ese crecimiento común en el saber teórico y práctico que representa la finalidad que nos aúna, el propósito que concierta nuestras libertades.

Al Profesor Alfonso Nieto le debe la Universidad de Navarra una gratitud cuya expresión constituye hoy para mi mucho más que una exigencia de decoro académico. Porque, en sus doce años como Rector de esta Universidad, el Profesor Nieto Tamargo ha hecho mucho más que asumir generosamente una carga y desempeñar con extraordinaria competencia una responsabilidad de gobierno. En un período de complejos cambios, el Rector Nieto ha puesto al servicio de la Universidad de Navarra su amplísima preparación intelectual y profesional, su prudencia y energía a la hora de las decisiones difíciles, su lucidez y su entusiasmo, su personalidad acogedora y alegre. Le debemos tanto porque él se nos ha dado sin reservas. Cuando regresa a una mayor dedicación a su Cátedra en la Facultad de Ciencias de la Información, nos conforta la seguridad de seguir contando con el caudal de su experiencia y la sabiduría de su consejo.

No importa demasiado que quien toma ahora el testigo esté muy lejos de poseer las cualidades de quien le precedió. Porque en la Universidad de Navarra se trabaja en equipo y se gobierna de manera colegial. Pero, sobre todo, porque tenemos la gozosa convicción de que la continuidad y la vitalidad de nuestra comunidad académica se nutren de una fuente que no cesa de manar. El Fundador y Primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, el Venerable Josemaría Escrivá de Balaguer, es el alma de este organismo vivo. Su egregio temple universitario y su santidad de vida constituyen un riquísimo patrimonio, continuamente actualizado por su intercesión y por la fidelidad de su sucesor, nuestro Gran Canciller, Monseñor Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei. Mi mayor deseo no es otro que trabajar muy unido al Gran Canciller, para intentar corresponder a su confianza y a sus continuos desvelos por esta comunidad universitaria.

Gracias a ese espíritu fundacional, y al eco fecundo que encuentra en quienes aquí han trabajado y trabajan, la Universidad de Navarra puede enfrentarse hoy, llena de vida, con los desafíos apasionantes que ofrece esta época de profundas transformaciones.

Como en otros momentos cruciales de su ya larga historia, la institución universitaria debe redescubrir en nuestro tiempo el papel decisivo que le corresponde en la orientación de esos cambios tan hondos que, viniendo desde un horizonte de futuro, se acercan ya a nuestra orilla. Porque es esa memoria histórica la que nos dice que dejarse llevar por la corriente de los acontecimientos externos equivale siempre a la decadencia de la Universidad; mientras que su florecimiento sólo acaece cuando acierta a estar en el surgir mismo de semejantes transformaciones.

Cabe adivinar la mutación que ahora se anuncia como el paso de la sociedad industrial a la sociedad del conocimiento. La quiebra de la interpretación materialista de la historia no sólo se ha hecho patente en los acontecimientos de la Europa del Este, sino que ya se venía evidenciando en la «revolución silenciosa» que está cambiando nuestro modo de trabajar y de pensar. Hoy ya sabemos que la verdadera riqueza de los pueblos no estriba primariamente en su capacidad de transformar la materia. Nuestro principal recurso consiste ahora en la potencialidad para generar nuevos conocimientos y en la agilidad y versatilidad para procesar y transmitir la información.

Claro aparece que, en una situación de esta traza, las demandas que se hagan a la Universidad serán tan perentorias como arduas de responder. Para estar a la altura de tales circunstancias históricas, para ser capaces de gestionar el cambio con originalidad y eficacia, la propia mentalidad de los universitarios habrá de experimentar también una significativa innovación. Pero lo más interesante de este reto estriba en que el progreso que se nos está pidiendo es un avance hacia nosotros mismos, un nuevo encuentro con la genuina tradición de la *Universitas Studiorum*. Las nuevas percepciones culturales, así como el impresionante despliegue de la ciencia y la tecnología en las últimas décadas, han roto los compartimentos estancos de las disciplinas convencionales, y están clamando por una nueva articulación de los conocimientos que vuelva a radicar la pluralidad de saberes en la unidad de un horizonte humano con verdadero sentido.

La interdisciplinariedad ha dejado de ser un lema decorativo, una especie de lugar común en el discurso universitario. La interdisciplinariedad es hoy una exigencia indeclinable, porque los problemas reales a los que la Universidad debe buscar solución abarcan siempre diversos campos científicos y no pueden quedar atrapados por la red de un esquema organizativo rígido.

La propia gestión interna de las Universidades ha de adecuarse a esa dinámica de cooperación interfacultativa. Además de generosidad y altura de miras, la nueva situación requiere unos procedimientos operativos que la

Universidad puede encontrar también en su propio seno, en las ciencias que tratan de la acción humana.

Será así más fluido y diversificado el intercambio de la Universidad con las instituciones de su entorno, con las empresas privadas y las corporaciones públicas. Pero, al propio tiempo, tales corporaciones han de advertir que el servicio insustituible que la Universidad les presta está basado en una investigación a la que es preciso aportar recursos en una cuantía muy superior a la actual.

La investigación y la enseñanza, en su mutua implicación, siguen siendo las dos tareas fundamentales de la Universidad. Si es patente que una investigación de altura requiere una fuerte ayuda social, no lo es menos en el caso de la educación de las personalidades jóvenes.

La Universidad recoge las energías que destellan en la vertiente inédita de la juventud estudiosa, las adentra en la fascinante aventura del descubrimiento de la realidad, y las lanza a la orientación de la vida social. Una enseñanza de calidad es mucho más que la transferencia de un conocimiento ya decantado. Es la forja ética y científica de personalidades libres, que crecen junto a sus profesores y compañeros, en un clima de convivencia culta, de responsabilidad cívica y de servicio a todos los miembros de la sociedad, especialmente a los más necesitados. Una buena enseñanza superior está hecha de aprendizaje de contenidos sólidos, pero también de incorporación de metodologías innovadoras, de adquisición de estilos relacionales y de incremento de la capacidad creativa.

Desde sus inicios, la Universidad de Navarra se ha propuesto como metas institucionales la elaboración de una nueva síntesis de los saberes, la formación armónica de los estudiantes, y el servicio a su entorno social. Tales finalidades presentan ahora, en el claroscuro de este fin de siglo, una renovada actualidad. Hoy es necesario y posible intentar que el humanismo de raíz clásica se dé la mano con la ciencia más avanzada y con la tecnología de vanguardia. Cabe empeñarse en la formación de profesionales que sean eficaces precisamente porque tienen una visión unitaria y global de la realidad, porque son personas cultas. Mientras que servir a la sociedad no equivale a sucumbir ante las rutinas del pragmatismo, sino que implica la audaz anticipación de un futuro más justo.

La Universidad de Navarra es, y será cada vez más, un ambiente fértil, un suelo fecundo, como el de los bosques de esta entrañable tierra navarra, que desde hace quince años es la mía.

La fecundidad de la tarea académica adquiere perspectivas trascendentes, cuando —en un clima de diálogo y libertad— se inspira en los ideales cristianos presentes en la original idea de Universidad. La fe es iluminación y acicate, en modo alguno constricción o barrera, cuando se comprende que el cristianismo es vida liberada por Cristo, existencia redimida de la vanidad y la dispersión.

Para terminar, permitidme que exprese un sentimiento personal que necesito manifestar. Se dice muy brevemente: necesito vuestra ayuda, porque soy consciente de mis notorias limitaciones. Cuento con la colaboración cierta y la experiencia sabia de mis compañeros de la Junta de Gobierno de la Universidad, y de las Juntas Directivas de los Centros de Pamplona, San Sebastián y Barcelona. Sé del imprescindible trabajo de las mujeres y hombres de esta comunidad académica que —en aulas y oficinas, en el cuidado del campus y en todos los oficios de la Universidad— constituyen un tejido vital en el que el pluralismo de ideas se conjuga como unidad de afanes. Agradezco sinceramente la ayuda que se nos concede desde la Administración pública y especialmente desde todos los niveles de la Administración Foral, para posibilitar el servicio preferente que siempre prestaremos a Navarra. Particular reconocimiento le debemos a la Asociación de Amigos de la Universidad y a todos nuestros graduados que —esparcidos por el ancho mundo— están haciendo realidad la misión universal propia de un centro de estudios superiores.

En la Universidad, tradición y progreso, continuidad e innovación, son la misma cosa: la realidad de un camino incitante, siempre abierto. La ayuda de Dios hará que lo sigamos recorriendo con esperanza.

Toma de posesión como Rector de la Universidad de Navarra.
Pamplona, 28 de junio de 1991.